

*Mientras estemos juntos  
nada podrá sucedernos*

Dos hermanos cronistas de guerra han sobrevivido a más de una docena en el último cuarto de siglo. ¿Cómo es la fraternidad entre dos hombres rudos?

*Un testimonio de Scott Anderson  
Ilustraciones de Gianfranco Piazzini  
Traducción Flavia López de Romaña*



*Scott Anderson*



*Jon Lee Anderson*

Jon miró el montón de artículos sobre la guerra de Chechenia desparramados encima de mi mesa, entonces levantó la cabeza y me observó con suspicacia.

—¿No estarás pensando en volver?

—No lo sé —le contesté mientras paseaba la mirada por la sala de estar.

—En realidad, no —dije.

Pero mi hermano mayor me conocía demasiado bien como para creerme.

—Quizás sí —admití.

Como periodistas asignados siempre a lugares peligrosos, Jon y yo nos hemos salvado de milagro en más de una oportunidad. En mi caso, sin embargo, buena parte de mi cuota se acumuló en un periodo de sólo tres semanas en Chechenia, en 1995, de donde regresé bastante zarrado. Cinco años más tarde los rusos y los chechenos habían vuelto a la guerra, tan devastadora como antes, y, por razones que ni siquiera yo entendía, quise volver. Le pregunté a mi hermano si le parecía una mala idea.

Jon reflexionó un momento.

—¿Recuerdas Sarajevo? —dijo percibiendo la expresión confundida de mi rostro—. ¿Las minas de tierra?

Reí. Aquel verano hice algo muy estúpido en Bosnia. La guerra había terminado hacía unos seis meses, pero todavía quedaban minas por todos lados, y un día salí a pasear por las montañas que rodean Sarajevo. Descendiendo por una mugrienta vereda que no conocía casi piso una mina que había quedado parcialmente expuesta en el camino. Con piernas temblorosas, me pasé las siguientes dos horas retrocediendo con cuidado extremo y subiendo de nuevo por la trocha. Le conté a Jon lo sucedido como una mezcla de anécdota humorística y embarazosa.

—Pero eso fue sencillamente estúpido —admití—. Me descuidé.

—Ajá, pero casi te matas en tiempos de paz. ¿No te parece una suerte de advertencia?

Cuando entablamos esa conversación en la sala de mi casa, Jon y yo habíamos pasado la mayor parte de nuestras vidas adultas escribiendo sobre los peores lugares y personas del mundo. Ese mes acababa de regresar del norte de Albania, donde había cubierto una historia sobre *vendettas* sangrientas, mientras Jon estaba a punto de partir hacia Angola, destrozada por la guerra. Cuando nos reuníamos —lo que, según nuestra complicada agenda, sucedía sólo una vez cada seis meses—, hablábamos de los lugares donde habíamos estado y a dónde pensábamos ir después.

Sobre lo que no hablábamos, por lo menos no de manera directa, es cómo nos afectaba todo esto. Por el contrario, tenemos una especie de taquigrafía verbal el uno con el otro, anécdotas compartidas como la mía sobre mi desatinado paseo en Bosnia que no terminaban con ninguna gracia especial: «Y luego volví al hotel» o «Por un momento me pareció que iban a matarnos, pero luego agitaron sus manos y pudimos conducir hacia la capital». No necesitamos finales ingeniosos, ambos hemos vivido suficientes de esos momentos como para saber lo que el otro había sentido.

Sin embargo, compartir estas historias soslayadas tiene un propósito. Mi hermano y yo nos hemos vuelto cada vez más supersticiosos con los años, convencidos de que todos esos escapes milagrosos en el pasado significan que cada vez nos será más difícil conseguir lo mismo en el futuro, y confiamos en que el otro pudiera leer las señales. «¿Te parece demasiada arriesgada esta apuesta?», «¿es mejor que abandone el reportaje ahora?» Y la razón por la que buscábamos esta guía el uno del otro es porque, de una manera peculiar, nuestros destinos están unidos, enraizados en un temor secreto que nos ha acompañado durante toda nuestra vida adulta: algo le sucedería al otro cuando estuviera trabajando en algún lugar del mundo, solo. Uno de los dos moriría durante la vigilia del otro.

La semilla de esto —creo— había sido plantada más de veinticinco años antes de esa tarde de 2000, durante el primer gran viaje que hicimos juntos mi hermano y yo. Ya sea coincidencia o no, ese viaje también marcó el primer momento en que empezamos a vernos el uno al otro con algo más que desprecio.

Las tardes de verano siempre han sido brutalmente calientes en Gainesville, Florida, pero aquella de mediados de junio de 1975, había sido espantosa. Regresaba a casa

después de un partido de fútbol sin desear otra cosa que tenderme frente al aire acondicionado, pero lo único que encontré fue a mis padres juntos en el comedor. Me sorprendió ver a mi padre en casa pues se habían divorciado hacía poco tiempo, y sus visitas se habían distanciado cada vez más, pero luego noté que ambos estudiaban con detenimiento una tarjeta postal.

—Es de tu hermano —dijo mi madre, mientras me pasaba la postal—. Ha sufrido un grave accidente.

La foto mostraba una playa cualquiera en Honduras. La parte posterior Jon la había abarrotado de unas ochocientas palabras, medida económica quizás, pero casi incomprensible. Algo sobre la construcción de una pared rocosa, recolectando cocos, conociendo a un curandero. Los detalles saltantes estaban en la posdata: «P.D.: Escribo esto desde hospital. Accidentalmente pateé machete y pie derecho abierto. Hinchado tres veces tamaño normal. Doctores dicen infectado, quizás gangrenoso, podrían amputarlo. Ah, bueno, *c'est la vie*. Muchos cariños, Jon».

—¡Guau, es una maldita pena! —dije, y simulé una mirada sombría durante algunos instantes—. Bueno, debo tomar una ducha.

Aunque era algo que nuestros padres se habían negado a reconocer, Jon y yo no éramos unidos. Con algún esfuerzo podía recordar vagamente algunos momentos agradables durante nuestra niñez, pero eran pocos. Mucho más fuerte era el recuerdo del día en que Jon decidió enseñarme a atrapar la pelota lanzándome una gran piedra a la cabeza, que me dejó una cicatriz en forma dentada en mi labio superior. Yo tenía seis años en aquel entonces, Jon ocho, y resultó ser el prolegómeno de la violencia que vendría luego; desde entonces me pegaba casi todos los días. Para el verano de 1975, sin embargo, prácticamente no había visto a Jon en dos años y estaba bastante contento de poder mantener las cosas así, y si él perdía un pie, bueno, quizás sirviera para que nuestra siguiente pelea fuera equilibrada.

También me di cuenta de lo que significaba esta pequeña reunión en el comedor, porque sobre la mesa, al lado de mi padre, había un pequeño montón de papeles: pasajes de avión, un delgado fólter de vinil con cheques de viajero y, encima de todo, media hoja de papel que reconocí como el comprobante de un télex. Alguien sería reclutado a la fuerza para rescatar a Jon en Honduras, y por el modo como mis padres me miraban, tenía una idea bastante certera de quién sería esa persona.

Esta situación podría requerir una pequeña explicación sobre mi familia. Mi hermano, mis tres hermanas y yo pasamos gran parte de nuestra niñez mudándonos de un país del tercer mundo a otro como resultado de tener un padre que era funcionario del gobierno norteamericano para la ayuda externa. Esa crianza, combinada con la filosofía de «manos-fuera» en lo que se refiere a educación infantil, ha inculcado en cada uno de nosotros una fiera autosuficiencia y una vena aventurera. Jon, por ejemplo, viajó solo y tirando dedo por África Oriental a los trece años. Nuestra hermana mayor, Michelle, hizo un trekking a caballo sola por el desierto de Kalahari a los diecisiete años. A los catorce, yo pasé dos meses en Bangkok, solo también.

La trampa de toda esta libertad, sin embargo, salía a relucir cada vez que algo resultaba mal con uno de nosotros. En vez de involucrarse en el problema de forma directa, nuestros padres se sentían mucho más cómodos enviando a otro de sus hijos a resolver el conflicto, y era Jon el que creaba más problemas. El año anterior había abandonado la escuela y, después de anunciar que se iría al Sahara español para unirse a la guerrilla Polisario en su guerra contra Marruecos, desapareció de pronto en algún lugar entre Inglaterra y África del Norte.

Nuestros padres despacharon a Michelle, que en ese entonces tenía veinte años, a buscarlo. Lo encontró en las Islas Canarias; vivía en la playa mientras intentaba reparar un viejo bote con el que pretendía navegar hacia la zona en conflicto. Michelle lo arrastró de vuelta a Estados Unidos, pero no pasó mucho tiempo antes de que Jon volviera a partir, esta vez a Honduras, para ayudar a un amigo a construir una casa en las costas del Caribe. Allí había vivido los últimos seis meses y ahora estaba metido en problemas de nuevo.

—¿Enviarán a Michelle, no es verdad? —pregunté esperanzado, alargando mi mano para coger el télex. Mis padres negaron con sus cabezas.

A mi padre le encantaba enviar télex. Se cobraba por palabra, con un máximo de diez caracteres por cada una, y podía pasar horas ideando mensajes que le hicieran valer su dinero. Éste estaba dirigido a la oficina principal de correos en La Ceiba, la ciudad hondureña donde Jon recibía su correspondencia, y era obvio que se había esforzado en su mensaje: SCOTTVA AHONDURAS MAÑANAPM. NOREPITENO AMPUTACIÓN HASTALUEGO AMORPAMA.

Esto resultaba irritante. Mi segundo año en el colegio había terminado hacía una semana y tenía grandes planes para el verano. Pero era más que eso. Yo siempre fui considerado el hijo bueno, el diligente, mientras Jon era siempre el pícaro, el que empezó a tener problemas con la ley desde los once años. Fue él quien me introdujo en el arte del robo de tiendas a los ocho años y quien siempre me recordaba que jamás nos hubieran atrapado de no haber empezado yo a robar costosos cigarrillos para papá y aliviar en algo mi culpa.

—Miren —les dije a mis padres en el comedor—, lo único que Jon ha hecho es crearles problemas durante años; ¿no se les ha ocurrido que perder un pie podría enderezarlo?

Creo que por un instante mis padres realmente consideraron la idea. Luego mi padre sacudió la cabeza.

un sombrero de paja y de su cadera colgaba un machete envainado. Cuando trepó las escaleras con largas y ágiles zancadas, no pude evitar notar que seguía teniendo ambos pies. Resultó que Jon había enviado su fatídica postal hacía casi dos meses y que los doctores habían curado su pie con la ayuda de inyecciones de penicilina. Quise saber por qué no había llamado para avisar que estaba bien.

—Bueno, pensé hacerlo, pero.... —dijo Jon encogiendo los hombros sin convicción.

Después de tres segundos de pose de remordimiento, esbozó una especie de sonrisa y con un pequeño gesto sacudió su mano, mostrando el reverso y dando por saldado el asunto. Un nuevo gesto, pensé.

—Pero, bueno —dijo—, *c'est la vie*. Ahora que estás aquí le sacaremos el mejor provecho. Venga, vámonos a la ciudad.

*Jon y yo pasamos la mayor parte de nuestras vidas adultas escribiendo sobre los peores sitios del mundo.*

*Cuando nos reunimos hablamos de los lugares donde hemos estado y dónde pensamos ir después.*

*Pero no hablamos sobre cómo nos afecta todo eso. Ambos hemos vivido suficientes de esos momentos como para saber lo que el otro siente. Tenemos una suerte de taquigrafía verbal*

—No hagamos mucho jaleo del tema. Todo lo que tienes que hacer es ir y sacarlo del hospital y ponerlo en un avión de vuelta a casa. Estarás de regreso antes de que te enteres.

No tenía mucha opción. El avión que me trajo acababa de despegar de vuelta a Miami y no llegaría otro hasta dentro de dos días. Enojado, cogí mi mochila, seguí a Jon hasta la camioneta, trepé y nos dirigimos a La Ceiba y al bar París.

Nuestra conversación, hasta el momento, había sido esporádica, con un montón de largos silencios y miradas fijas hacia la ventana. A pesar de mi mal humor, me sorprendió ver cuánto había cambiado mi hermano físicamente en los seis meses que no lo había visto: estaba muy bronceado, se le notaban los músculos debajo del polo y su pelo rubio se había vuelto todavía más rubio en los trópicos. Con su machete y su gastado sombrero de paja ladeado parecía un prototipo hollywoodense de los exploradores de la selva. Pasé a estudiar el machete que colgaba de su cinturón hasta tocar el piso.

—¿Y para qué es el cuchillo? —le pregunté.

Sacó el machete, me lo pasó por la parte del mango de plástico negro.

El bar París era uno de los únicos lugares de La Ceiba con aire acondicionado, y era un placer sentir el gélido ambiente en comparación con el exterior. Jon y yo estábamos sentados en una mesa al lado de la ventana, sorbiendo nuestras cervezas y contemplando la plaza. Yo no andaba de muy buen humor. Una hora antes había estado sentado en las escaleras frontales del minúsculo terminal aeroportuario de La Ceiba, considerando cómo encontrar el hospital, cuando una veloz camioneta azul apareció en la pista patinando hasta detenerse de costado. Del sitio del pasajero descendió mi hermano. Llevaba



—Para golpear cosas. Por aquí uno siempre tiene que golpear algo.

En la mano se sentía bien, pesado. La hoja tenía una longitud de casi un metro y era filuda como una navaja. Intenté un par de pequeños quiebres de muñeca en el aire antes de devolverlo.

—Sabes —dijo Jon, mientras metía el machete en su vaina—, ahora que estás aquí deberías quedarte por un tiempo. Acabo de terminar mi trabajo y podríamos deambular juntos, divertirnos un poco.

Más allá de la sucia ventana se veía la plaza principal de La Ceiba, un enlodado y pequeño lugar con alguna estatua que se oxidaba en el medio. No había visto nada en Honduras parecido a diversión hasta el momento.

—Quizás lo hayas olvidado —le respondí—, pero en verdad no nos llevamos muy bien.

Jon pareció sorprenderse.

—Siempre pensé que nos llevábamos bastante bien —dijo mi hermano—. Teníamos nuestros pequeños encuentros de vez en cuando, pero todos los hermanos pasan por eso. No es que te haya dejado cicatrices permanentes o algo por el estilo.

Me incliné sobre la mesa y le señalé la delgada cicatriz sobre mi labio, donde Jon me había pegado con una piedra diez años atrás. Crecí bastante cohibido por mi cicatriz, algo que Jon se esforzó en promover refiriéndose a menudo a ella como el «labio leporino». Echó un vistazo al lugar que yo señalaba.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Todavía estás con el tema del «labio leporino»? Me disculpé por eso hace años.

Volvió a sentarse disgustado y ordenó a la mesera dos cervezas más. Yo volví a mirar por la ventana.

—Y, bien, ¿cómo andan las cosas en Florida? —preguntó Jon después de un rato.

Una pregunta difícil de responder. Nuestra familia se había desintegrado hacía dos años. Mi padre me sacó del colegio y pasamos un año viajando juntos por Europa y el Medio Oriente pero luego me dejó en Florida con mi madre y partió de nuevo. Yo planeé mi escape durante seis meses: tirar dedo hasta el lugar donde se encontrara mi padre, enrumbar hacia el río Yukon para lavar oro con un chico escocés que había conocido en el barco cuando cruzábamos el Atlántico. Hacía muy poco tiempo que venía intentando adaptarme y llevar una vida colegial normal. En el bar París, le conté a Jon la parte sobre amigos, fútbol y chicas que me interesaban, pero me di cuenta de que no me había creído.

—No funcionará, lo sabes. Adaptarse, convertirse en un norteamericano, no funcionará. Empezamos muy tarde para poder pertenecer a algún lugar ahora. Sólo perteneceremos a esta familia; nos perteneceremos el uno al otro

Jon miró fuera de la ventana, sus ojos entornados en la plaza. Era tarde y las calles de La Ceiba empezaron poco a poco a teñirse de vida mientras las parejas paseaban por la plaza y los vendedores de lotería llamaban a los clientes con un extraño vozarrón de rana bramadora.

—Y siempre terminaremos en lugares como estos.

Me imagino que la niñez de cada uno, por más rara y exótica que sea, debe parecer del todo normal mientras se vive esa época. Cuando llegué a Honduras recién empecé a comprender el lado negativo de nuestra crianza, el costo oculto que implica no pertenecer a ningún lugar en particular. Al parecer Jon había reflexionado sobre el tema antes. En los años venideros, ambos estaríamos atrapados en un círculo interminable intentando adaptarnos, fracasando y continuando nuestro camino. De alguna extraña manera ambos sentíamos alivio al pensar en la inhabilidad del otro para adaptarse, otra prueba de que había al menos un desadaptado más en mi familia.

Aunque sólo fuera al principio, mis asuntos parecían estar mejor enrumbrados. Por fuerza o voluntad, había logrado permanecer en la escuela y, haciendo a un lado la universidad por algún tiempo, conseguí un empleo en el gobierno federal en 1977. A mis diecinueve años era todo un empleado civil abriéndome camino en el mundo burocrático y vivía con mi prometida en un lindo departamento en Washington D.C. Jon, por el contrario, continuaba su errabundo andar. Abandonó la escuela a los diecisiete años, se las ingenió para ingresar a la Universidad de Florida por un par de ciclos, pero luego consiguió empleo en una goleta con una especie de colegio de secundaria a bordo y se lanzó a navegar por Sudamérica. La siguiente vez que lo vi pasaba por Washington rumbo a la isla Nunivak, en Alaska, para hacer fortuna recolectando lana de toros almizcleños y podría jurar que contempló mi ordenada y convencional existencia con una mezcla de envidia y reproche. Cuando la empresa fracasó, al parecer porque los toros almizcleños eran bastante más veloces de lo que él se imaginaba, Jon volvió a Sudamérica.



En 1982, sin embargo, nuestros roles se invirtieron del todo. Ese invierno Jon se mudó a Washington, con su esposa peruana, donde había aceptado un empleo como aprendiz de reportero. Usaba corbata e iba a la oficina todos los días. Para ese entonces hacía tiempo que yo había roto mi compromiso y renunciado a mi trabajo gubernamental para pasar más de tres años viajando por el país sin rumbo fijo mientras escribía una mala novela. No tenía raíces ni amarras, de modo que cuando Jon se mudó a Washington yo también lo hice, y me convertí en *barman* de uno de los bares de Georgetown. De vez en cuando Jon caía por el bar. Era un extraño cambio de acontecimientos: ahora era él quien llevaba una vida hogareña estable y tenía un verdadero trabajo mientras yo era el vago, alguien por quien el resto de la familia se preocupaba. Sin embargo, siempre sospeché de este nuevo y cambiado Jon hasta que, una tarde después del

querido, que «supuestamente» debíamos tener. Seríamos escritores, juntos y separados al mismo tiempo, explorando las esquinas más oscuras de la tierra.



Ya me sentía aturdido cuando salimos del bar París aquella tarde de 1975, pero ahora casi no podía concentrarme en el pequeño y gastado mapa de Honduras que Jon había desplegado sobre la mesa del bar al lado del embarcadero. «La Costa Mosquito, hombre, piénsalo». Una y otra vez golpeteaba con su dedo la esquina superior derecha, una vasta y verde extensión, interrumpida sólo por la larguirucha línea azul de los ríos, los nombres de algunas ciudades y, a lo ancho, por una sola palabra: «Mosquitia».

*Un volcán en Guatemala empezó a tener unas erupciones tan violentas que la zona fue evacuada. Era razón suficiente para que trepáramos hasta el borde a echar un vistazo cercano. Cuando la nube de vapor cambió de pronto de dirección, el dióxido sulfúrico me hizo perder el conocimiento, y Jon tuvo que arrastrarme hasta un lugar seguro*

trabajo, pasó por el bar y dejó caer su máscara al fin. Después de mirar sombríamente por la ventana a los compradores de la avenida Wisconsin, señaló de pronto mi corbata y luego la suya.

—Míranos —dijo con disgusto—, mira en lo que nos hemos convertido —arrancó su corbata con violencia y la tiró—. Esta no es la forma como deberíamos vivir.

Probablemente la mayoría de personas no entiendan el origen de su descontento, pero yo sí. Una de las cosas que nuestra crianza nos había impuesto era saber con certeza que teníamos derecho a hacer lo que quisiéramos, la certidumbre de que no teníamos que vivir según las reglas (universidad, carrera) de casi todo el mundo.

La solución de Jon fue marcharse a las guerras civiles centroamericanas. La mía, andar sin rumbo por Europa durante cinco meses y dirigirme luego a la zona de fuego en Beirut. Para ambos estas fueron nuestras primeras experiencias en zonas de guerra y en esos momentos vislumbramos la manera de llevar la vida que habíamos

—El último enclave de selva importante en Centroamérica —continuó mi hermano—. Sin caminos, sin teléfonos. Muchas personas se han internado en el lugar y jamás se ha vuelto a oír de ellas. ¡Tenemos que ir!

Nuestro paseo por el muelle de La Ceiba pareció bastante inofensivo al comienzo, pero pronto descifré un estilo determinado de gente con la que Jon entablaba conversación: marineros que bajaban de los botes y capitanes en las casetas de navegación. Al menos hubo media docena de estas conversaciones antes de llegar a El Platanero, un transportador costero de madera tosca, de unos nueve metros. Después de enterarnos que partía esa misma noche hacia la laguna de Brus, un poblado en medio de la Costa Mosquito, Jon agarró mi brazo, contempló la tira de bares destartados que se alineaban en la zona del embarcadero y me condujo hacia esa dirección.

Ahora, con más cervezas frente a nosotros, trataba de convencerme que zarpar en El Platanero no sólo era una buena idea sino una suerte del destino.

—De modo que llegamos a Brus —dijo— tomamos un vapor río arriba hasta alcanzar esta autopista, después un bus hasta la capital y luego un avión de vuelta a Florida. Estamos hablando de una semana, diez días a lo mucho —dijo mirándose.

—¿Qué dices? —insistió.

Esta era una norma vigente en nuestras vidas. Jon era el confiado, el que nunca consideraba los obstáculos hasta toparse con ellos. Yo era el que dudaba, el cuestionador, y, en su jovial fantasear en torno a nuestro camino a través de Mosquitia, había en verdad mucho que preguntarse. Parecía interesante, por ejemplo, cómo el camino de sesenta y cinco kilómetros para salir de la selva era, a decir de Jon, una autopista cuando el mapa indicaba que una línea negra punteada significaba «trocha a pie».

Por alguna razón, sin embargo, quizás por la placentera somnolencia de los trópicos, quizás por toda esa cerveza, me sentí reacio a asumir mi papel tradicional. Estaba cansado de ser el cauteloso de la familia.

Y quizás algo más. Sentado en el bar del muelle de La Ceiba me di cuenta de que Jon estaba tratando de crear un vínculo que nunca antes había existido entre nosotros. Pensé en lo que había dicho en el bar París; que sólo pertenecíamos a la familia, nos pertenecíamos el uno al otro. No estaba convencido de que esto fuera cierto, pero esa noche pareció de pronto un riesgo que valía la pena tomar.

—Ok —contesté—. Hagámoslo.

Con una gran sonrisa Jon ordenó más cervezas, luego se levantó de la mesa y anunció que tenía que resolver algunos asuntos. Durante su ausencia, giré el mapa hacia mí y me quedé observando el enorme espacio verde de Mosquitia. Estaba de buen humor, con una alegría que crecía a medida que estudiaba el mapa y comprendía mejor lo increíblemente mala que era esta idea. Cuando Jon regresó, traía consigo un largo y angosto objeto envuelto en periódico, un regalo, me explicó. Rasgué el papel. Era un machete en una vaina de cuero tallado con algunas ridículas borlas que colgaban hasta el piso. Lo saqué y probé qué tal se sentía en mi mano.

—Avisé a papá y mamá que habría cambio de planes —dijo, mientras sacaba un papel doblado de su bolsillo trasero. Era la copia de un télex. Era claro que Jon había heredado el estilo de nuestro padre, por no decir su capacidad de concisión: MAYPA: SCOTTDESEA IRMOSQUITO. YOPIENSO SETRATA ALGUNTEMA AUTOESTIMA ADOLSCENTE

PODRÍA AYUDATODOS LARGOPLAZO. VUELTACASA ONCEDIAS UNMESMAX. PDPIEBIEN.

Más allá del tono condescendiente me sentía molesto por la manera como todo esto se había convertido en mi idea.

—Vamos —encogió los hombros mi hermano—. Tú eres el más sensato de los dos. Si piensan que soy yo el que está detrás de esto, se preocuparán.

Jon se acercó con lentitud hacia el podrido embarcadero de madera de la laguna de Brus, mientras se sobaba la nuca y mantenía la mirada fija en el suelo, como estupefacto. Este era un gesto que yo conocía bien y significaba dos cosas: en primer lugar, que faltaba algo; en segundo, que de ninguna manera podía ser culpa de Jon. Cualquier desgracia que hubiera caído sobre nosotros era inevitable, un simple acto del destino.

—Bueno —dijo—, al parecer tenemos un problema.

Así era, en efecto. En vez del tráfico fluido que Jon había imaginado Patuca arriba, había sólo un bote, una canoa motorizada y sin techo, que hacía el recorrido y que había partido justo esa mañana. No regresaría a Brus hasta dentro de una semana, lo que, curiosamente, era justo el tiempo que El Platanero, ahora sólo un punto al otro lado de la inmensa laguna, se tomaría para regresar.

Observé el terreno ribereño de la laguna de Brus. Consistía en casi dos docenas de letrinas construidas sobre pilotes a los cuales se llegaba por pequeñas entradas autónomas. Mi principal fuente de entretenimiento mientras esperaba a Jon fue observar el ir y venir de los residentes de Brus para realizar sus funciones corporales.

Jon continuaba sobándose la nuca.

—Encontré una habitación donde podremos quedarnos por dos dólares la noche. Tiene un par de hamacas y la mujer nos cocinará —dijo y siguió mi vista fija en los retretes diseminados—. De todos modos, estoy seguro de que hay muchas cosas interesantes por aquí.

Esto también sería un error. Mejor dicho, la laguna de Brus era un conjunto de toscas casuchas en un terreno pantanoso infestado de mosquitos cuyo sopor era interrumpido sólo por las lluvias diarias de las tres de la tarde. Nos pasamos los días observándonos el uno al otro, descubriéndonos tics, leyendo y luego releendo las novelas de bolsillo que había traído conmigo. Cuando oímos la llegada de la canoa en el pueblo casi se me escapan lágrimas de gratitud.

Era una embarcación muy larga, con un motor fuera de borda en la parte trasera y espacio para cuatro o cinco pasajeros en su parte hueca. Partimos temprano por la

mañana, mientras los dos boteros se abrían poco a poco camino a través de los densos pantanos de la selva en el extremo opuesto de la laguna, trazando un curso a través de un laberinto de jacintos de agua y manglares. Después de un par de horas, los árboles y las lianas empezaron a separarse y ante nosotros apareció el ancho y barroso Patuca. El capitán prendió el motor y empezamos nuestra travesía por el marrón y casi inmóvil río.

Yo contemplaba las orillas mientras avanzábamos. No había pueblos ni otros botes en el río, pero de vez en cuando descubría una rústica casa de madera en medio de la selva, un hilillo de humo por encima de los árboles.

—Indios miskitos —dijo Jon—. Son los únicos que viven aquí.

El primer día, nuestro destino fue el pueblo comercial de Auas. Según la interpretación que Jon hacía del mapa se trataba de un pueblo bastante grande y, de hecho, el mejor lugar para cambiar algunos cheques de viajero y pertrecharnos de víveres antes de continuar nuestro viaje río arriba, hacia la «autopista» de la selva. Por supuesto, no habíamos investigado mucho sobre el tema.

Entrada la tarde, el Patuca se había hecho más angosto, hasta medir entre cincuenta y dieciocho metros de una orilla a la otra, y había pasado ya buen tiempo desde la última vez que vimos alguna señal de vida humana. Por último, dimos vuelta en un recodo del río, y en la orilla, ante nuestros ojos, aparecieron varias mujeres miskitos lavando ropa y un par de toscas balsas atracadas en la orilla. El capitán apagó el motor a medida que nos acercábamos a la orilla.

—Auas —anunció.

—Creo que el centro comercial está tierra adentro —dijo Jon—, tratando de sonar confiado.

Estuvimos parados en la ribera de los auas durante algún tiempo, incapaces de asimilar del todo la penosa situación en la que nos habíamos metido, motivo de diversión para las mujeres miskito que lavaban sus ropas en las piedras de los ríos. El «centro comercial» de Auas —como descubrimos al poco rato— consistía en un único puesto de intercambio comercial, una ínfima cabaña de madera construida sobre pilotes al extremo del pueblo. Más aún, el río más allá de Auas estaba salpicado de rápidos, de modo que ningún bote iba más lejos. Las dos pequeñas balsas que estaban en la orilla habían sido construidas por los miskitos de las tierras altas para transportar sus bienes hasta el puesto de comercialización de Auas y luego abandonadas por los constructores que caminaban de regreso a casa a través de la selva.

Al comienzo, Jon tomó todo esto como una mera traba logística y su nueva idea fue imitar a los indios y hacer un trekking por tierra, sólo que ahora existía un problema práctico a mitad del camino al lunatismo: dinero. Entre ambos teníamos el equivalente a unos seis dólares en lempiras hondureñas; el resto de nuestro dinero eran cheques de viajero y, a pesar del esmero de Jon por explicar el tema de finanzas internacionales, lo único que hizo el propietario del puesto de comercialización fue observar los coloridos papeles con cierta confusión. Finalmente, aceptando que no teníamos más opción que tomar la canoa de regreso a Brus, regresamos a la orilla sólo para darnos con la sorpresa de que nuestro bote había zarpado hacía quince minutos.

—Pero no se preocupen —nos dijo un anciano al notar nuestra intranquilidad—. Debería estar de regreso en unos días, en dos semanas como máximo.

Traté de imaginarme ese tiempo en Auas, gorreando a los miskitos comida y un lugar para dormir. Dada la pobreza de la zona y nuestra propia estupidez al quedarnos varados, eso parecía indecente; la ignominia de aquellos largos y lentos días, intolerable. Entonces reparé en las balsas. Era claro que habían sido hechas para trechos cortos, troncos de balsa toscamente cortados y amarrados con lianas de la selva. Uno tenía una simpática y pequeña cubierta de diez metros de ancho y trece de profundidad, con su propia techumbre de paja, como una casa en miniatura. El comienzo de una idea empezó a cernirse en mi mente.

Considerando que el viaje a Auas nos había tomado entre seis y siete horas, calculaba que podíamos estar a unas noventa millas de Brus. Sin motor y desplazándonos a favor de la lenta corriente del Patuca, el regreso podría tomarnos días. Traté de imaginarme el viaje río abajo, los peligros que podrían esperarnos en la ruta, cómo sabríamos el momento en que tendríamos que girar hacia los pantanos de manglares para alcanzar evitar mar abierto, incluso si la balsa resistiría un viaje tan largo.

Creo que, sobre todas las cosas, quería impresionar a Jon. Hasta el momento, en este viaje cada uno había jugado su papel tradicional: él como el creador de planes, el perseguidor de aventuras, yo como el cauteloso, el seguidor. Me parece que por primera vez quería demostrarle que yo también podía tener muy malas ideas.

Señalé la balsa con la choza en miniatura:

—Flotemos río abajo.



Tanto para Jon como para mí salir de situaciones difíciles ha sido en buena parte un tema de suerte. Por supuesto que esa no es la manera exacta de cómo vemos las cosas. Antes de salir de viaje para cubrir una guerra, por ejemplo, solemos pasarnos semanas tratando de calcular las posibilidades de que suceda algo malo. Es un extraño ejercicio, superstición, en realidad, porque la principal característica de esos lugares es que no se pueden calcular los riesgos y que todo es fortuito. Por debajo de nuestra superstición, sin embargo, existe algo un poco más complejo, algo enraizado en nuestra experiencia en Mosquitia y que ha sido reforzado por viajes posteriores que hicimos juntos: la creencia de que mientras estemos juntos nada malo podrá sucedernos.



A mediados de los ochenta, Jon y yo conformamos un equipo para escribir un libro sobre la Liga Mundial Anticomunista, una organización terrorista internacional de derecha. Durante dos años, investigamos a escuadrones de la muerte en Centroamérica y a criminales de guerra nazis que vivían en Estados Unidos y Europa, siguiendo su ruta de asesinatos por todo el mundo. Luego empezamos una compilación de historias orales sobre la guerra moderna y nos pasamos un año viajando de un territorio en guerra al otro en los cinco continentes. El viaje fue emocionante, parecía importante, pero resultó tener un enorme costo personal: a Jon le costó su matrimonio; a mí, una relación de tres años. A fines de ese año parecíamos una vieja pareja de casados en profunda armonía con el estado de ánimo y los silencios del otro, y con la sensación de que, debido a nuestra falta de raíces y a nuestra compleja realidad de no tener a nadie o ningún lugar al que retornar, estábamos más unidos que nunca.

Más tarde cada uno continuó su propio camino: Jon escogió escribir un libro sobre grupos guerrilleros en todo el mundo mientras yo investigaba un culto religioso asesino en el sudoeste americano y el bajo mundo del crimen organizado en Irlanda del Norte y Nueva York. Las llamadas por teléfono desde Pakistán, Belfast y Birmania nos servían para informarnos sobre nuestros progresos y retrocesos, y, en la críptica y media lengua que habíamos cultivado, nuestras salvadas de milagro. Y no había duda de que para ambos, estos incidentes se hacían cada vez más frecuentes.

En Afganistán un tanque ruso disparó al jeep de Jon, pero perdió su blanco por escasos metros. En Birmania, Jon se escurrió por un campo de batalla para entrevistar a un comandante de la guerrilla Karen con neurosis de guerra que se rehusaba a abandonar su posición a punto de ser arrollada por tropas gubernamentales. En un lapso de cuatro días en Chechenia me vi confrontado con escuadrones artilleros de ambos lados y casi no consigo negociar mi salida. Cuando nos reunimos en Brooklyn en febrero de 2000, entre ambos habíamos cubierto unas veinticinco guerras y si de verdad yo tenía nueve vidas, calculaba que ya había usado seis. Ahora que pienso en aquel viaje a Mosquitia, en nuestra incompetencia e inocencia y la simplicidad de los peligros que afrontamos, lo hago con una suerte de añoranza.

Mientras yo extendía cáscaras de plátano sobre el piso de la balsa, Jon regresó al puesto de comercialización con nuestras últimas veinte lempiras para conseguir comida, «provisiones» —como insistía en llamarlas—, para el viaje. Regresó con dos bolsas de plástico y desplegó el contenido con orgullo: tres botellas de ron Colonial, una pequeña lata de salchichas Viena, un kilo de arvejas y otro de harina de maíz. Se dio cuenta de que me había quedado perplejo.

—Qué, ¿crees que hubieras podido hacerlo mejor?

—No, está bien —contesté—. Sólo pensé que conseguirías cosas que realmente pudiéramos comer —dije y pensé explicarle que las arvejas y la harina de maíz tenían que cocinarse, pero me detuve. Después de todo, pasaríamos juntos unos dos o tres días en esta balsa, de modo que la armonía sería algo esencial.

Era evidente que se había corrido la voz en todo Awas sobre la locura que se planeaba en las riberas del río, de modo que, en el momento de zarpar, teníamos al frente unos doscientos miskitos reunidos para despedirnos. Se me ocurrió que podíamos ser uno de los más extraños espectáculos que habían visto en sus vidas sin televisión: dos adolescentes blancos que aparecieron un día, viajando río arriba desde la costa sólo para tomar una de las balsas y ahora flotar río abajo. Nos despidieron con la mano como si partiéramos hacia el abismo, y, en cierta forma, imagino que así era desde su perspectiva.

Era un viaje de tres días, horas interminables de imperceptible progreso junto con grandes e interminables curvas y meandros, con nada más que el cielo, las aguas marrones y la oscura selva alrededor de nosotros. Las

salchichas Viena nos duraron sólo la primera noche, el ron no mucho más, y después de eso nos mantuvimos con vida con ayuda de los pocos miskitos que vivían en las orillas del río. En la extraña forma como viajan las noticias por la selva, los indios parecían saber de antemano nuestra llegada. Un hombre, al darse cuenta de que teníamos sólo palos y una guía de bambú para dirigir la balsa, nos tiró su remo tallado a mano cuando pasamos por ahí. Otros salían en sus balsas y nos convidaban tortillas o nos llevaban hacia la orilla para compartir una comida de frijoles y mono asado. Estos encuentros eran poco frecuentes, con todo; no había otros botes en el río, ningún verdadero asentamiento humano a lo largo de la ruta. Recelosos de los animales que pudieran estar al acecho en las riberas, empujábamos la balsa con los palos durante las noches, descansando por turnos en la pequeña choza.

*Cuando llegué a Honduras empecé a comprender el lado negativo de nuestra crianza, el costo oculto que implica no pertenecer a ningún lugar en particular. En los años venideros, Jon y yo estaríamos atrapados en un círculo interminable intentando adaptarnos, fracasando y continuando nuestro camino*

Junto con el tedio aparecían momentos de crisis. El primer día, un súbito golpe de viento arrancó el techo de paja de la choza y lo tiró contra mí, y me hizo caer al agua; durante lo que me pareció un largo tiempo, intenté liberarme de las lianas que me jalaban hacia las lóbregas oscuridades. Unas horas después, la rama de un árbol que colgaba muy bajo atrapó parte de la cubierta de nuestra guía y la partió. A ello se sumaba la crisis del lento desplazamiento sobre el que no había nada que hacer y el conocimiento de que nos hundíamos poco a poco a medida que los troncos de la balsa se saturaban y el agua marrón remolineaba cada vez más arriba.

Pero hubo un momento, bien entrada la tarde del segundo día, que se distinguió por encima de cualquier otro. Al salir de un recodo del río Patuca vimos ante nosotros agua blanca y un árbol recientemente caído en medio, con sus hojas todavía verdes, que casi alcanzaba la otra orilla. Ya habíamos sido presa al menos de media docena de árboles caídos y gastamos

mucha energía liberándonos, pero esta vez, con una corriente más fuerte que nos empujaba río abajo, podría resultar imposible.

Emocionados por tener algo que hacer al fin, Jon y yo nos levantamos, tomamos nuestros largos palos y empezamos a palanquear el fondo del río, guiando la balsa hacia el delgado pasaje que el árbol había dejado libre. Estábamos haciéndolo bien y teníamos la posición casi perfecta cuando de pronto sentí un temblor que recorrió toda la balsa y escuché un pequeño chapoteo detrás de mí. Volteé y, durante algunos segundos, no pude entender lo que veía. Jon estaba sentado en el otro extremo de la balsa, con su pierna izquierda estirada frente a él; usaba su brazo para elevarse a sí mismo algunas pulgadas, luego bajaba de nuevo, como si ejecutara algún extraño acto de calistenia.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Me miró y entonces vi que su rostro estaba pálido.

—Estoy atorado.

Me apresuré a llegar a su lado. Las cáscaras de plátano extendidas habían ocultado una delgada ranura entre dos de los troncos de la balsa. El pie derecho de Jon encontró el hueco y se deslizó por ahí; ahora se había cerrado y los troncos lo apretaban por encima de la rodilla. Miré río abajo. Estábamos casi en los rápidos.

—¡Tienes que salir! —grité.

Jon volvió a intentarlo, pero sus brazos temblaban por el esfuerzo y jalaban tan fuerte que la piel alrededor de su rodilla salió en un ancho pedazo. Los troncos lo mantenían prisionero.

Volví a mirar corriente abajo y me di cuenta de que el árbol caído no terminaba donde habíamos pensado, sino que se extendía a lo ancho del río, apenas por debajo de la superficie; la balsa podría pasar, pero la pierna de Jon no.

—¡Tienes que salir de ahí, maldita sea! —grité.  
 —¡No puedo! —gritó él, tratando todavía, ahora con la rodilla cubierta de sangre.  
 Entonces tuve uno de esos momentos en los que mi mente parece pasar a un plano distinto, uno que pertenece menos al del pensamiento consciente que a una sencilla claridad instintiva. Sabía con exactitud lo que le pasaría a Jon si no lograba zafarse. No lo más específico (no sabía si el árbol quebraría su pierna, la abriría en dos o se la arrancarían), pero sí que estábamos solos en este río y comprendía bastante bien a estas alturas del partido en Mosquitia que, una vez que las cosas empezaban a caminar mal, sólo podían empeorar. Entre los remanentes del cobertizo vislumbré mi machete. Me lancé hacia él y lo saqué de su vaina.

—Unos cuantos rasguñitos, al parecer —dijo al poco rato. Alzó la vista y me miró—. Pensamiento rápido; gracias.  
 Encogí los hombros.  
 —Claro.



Ese día de febrero de 2000, cuando Jon encontró los artículos de Chechenia sobre mi mesa, salimos a cenar a un pequeño restaurante en mi vecindario de Brooklyn. Él partiría por la mañana a su casa en España y de ahí se iría a Angola; tal vez no volveríamos a vernos en unos cuatro o cinco meses.  
 —De modo que si no vas a Chechenia —me preguntó—, ¿qué harás?

*Una vez estuvimos a punto de meternos en una pelea de cuchillos en un bar en El Salvador. Jon decidió que un grupo de cuatro campesinos nos había faltado el respeto, pero cuando se nos ocurrió que podríamos terminar trozados en pedazos, salimos del bar como personajes de un spaguetti western*

La balsa estaba hecha de once troncos unidos por delante y por detrás. Jon había caído entre el cuarto y el quinto tronco del lado derecho. Me dirigí a la proa y empecé a cortar con furia las sogas fabricadas con lianas. Ya estábamos en los rápidos, pero sólo me tomó unos segundos hasta que la última liana produjo un chasquido al romperse. Los cuatro troncos de más afuera empezaron a partirse de inmediato, y Jon jaló su pierna y se puso de pie. Cuando, momentos después, pasamos rozando el árbol caído los troncos separados quedaron atrapados en una rama, y la fuerza de la corriente los partió. Traté de imaginarme esa fuerza dirigida contra la pierna de mi hermano, pero preferí no hacerlo más.

Poco después, el Patuca retomó su usual calma marrón, y yo empujé con el palo para mantenernos fuera de los bajos mientras Jon, sentado, examinaba sus cortes. Su pierna estaba roja desde la rodilla hasta el tobillo pero yo no sabía si era casi todo sangre o agua.

—No lo sé. Quizás empiece la historia de la micronación.

Jon frunció el entrecejo.

—Esa idea es tan tonta. No puedo creer que exista alguien que quiera hacer algo así.

Encogí los hombros, intenté encubrir mi sonrisa. Durante años habíamos mantenido una competencia de quién había estado en los países más extraños, poniendo al día nuestras listas cada vez que volvíamos a vernos. Jon se las había ingeniado para tener siempre unos seis países de ventaja, e incluso a pesar de que mi total abarcaba más de sesenta, el suyo estaba alrededor del setenta y cinco y Angola le daría uno más. Para mantener su maligna satisfacción al mínimo le había dicho que una revista me había pedido un informe completo sobre las micronaciones del mundo, un proyecto que no sólo significaría viajar por el Pacífico Sur y el Caribe sino que añadiría otra treintena de países a mi lista. Jon encontraba este proyecto tan perturbador que ahora trataba

de evitar toda conversación sobre nuestra competencia de países. Esa noche no encontré razón alguna para decirle que era una broma.

Durante la velada terminamos hablando sobre aquel verano en Honduras.

—¿Puedes creer que han pasado casi veinticinco años? —dijo Jon sacudiendo la cabeza—. ¡Por Dios, qué idiotas éramos!

Al final habíamos logrado, por supuesto, llegar a la laguna de Brus y el viaje en balsa probó ser sólo una de las primeras desventuras de ese verano en que recorrimos Centroamérica. Unas semanas después estuvimos a punto de meternos en una pelea con cuchillos en un bar en El Salvador cuando Jon decidió que un grupo de cuatro campesinos nos había faltado el respeto y sacó su machete; yo lo seguí de inmediato, pero también lo hicieron los campesinos, y cuando se nos ocurrió que podríamos terminar trozados en pedazos, salimos del bar como personajes de un *spaguetti* western.

Luego pasó lo del volcán en Guatemala que empezó con unas erupciones tan violentas que la zona fue evacuada, razón suficiente, en opinión de Jon, para que trepáramos hasta el borde a echar un vistazo cercano. Cuando la nube de vapor cambió de pronto de dirección y se dirigió hacia nosotros, el dióxido sulfúrico me hizo perder el conocimiento y Jon tuvo que arrastrarme hasta un lugar seguro. Trece semanas después, o doce y media después de que planeara originalmente volver a Florida, regresamos, sucios y sin un céntimo, a la casa de nuestra abuela en California. Después de eso vinieron nuestros años errantes, tratando de asentarnos en algún lugar o con algún trabajo, abandonando la empresa y partiendo a las guerras del mundo.

Pero cualquiera que fuera lo que nos estuviera llevando hacia esa vida (adrenalina del peligro, mórbida curiosidad, alguna noción pobremente concebida sobre el poder del periodismo), llegué a pensar que al menos una parte de eso era el deseo de recapturar la sensación que tuvimos flotando en el Patuca, esa mezcla peculiar de emoción y temor que sentimos, la absoluta exuberancia, inocencia con respecto a todo.

El problema era que ya no éramos ni inocentes ni naiv. Conocíamos el temor y habíamos sido heridos por todo lo que habíamos visto en el mundo. Ya no confiábamos en el golpe de suerte. Mi hermano se había vuelto a casar, tenía tres pequeños hijos, y, si bien se encontraba lejos de su familia bastante a menudo, tenía una razón poderosa

para volver a casa, para jugárselas sin arriesgarse tanto. Para mí es probable que el tema fuera de índole más cerebral y egoísta. Tenía un buen número de imágenes instantáneas que flotaban en mi cabeza sobre lugares en los que había estado, lugares desagradables, y ya no estaba seguro de cuántos más querría o podría soportar.

En el restaurante de Brooklyn, Jon volvió al tema de mi posible regreso a Chechenia.

—Mira —me dijo—, has recorrido mucho, ambos lo hemos hecho, pero nuestra suerte no puede durarnos toda la vida. Ya cambió, ¿no te parece?

Me quedé observándolo, recordé mi primera vez en Chechenia, las minas terrestres en Sarajevo. Asentí con la cabeza.

—De modo que no vuelvas —dijo Jon.

Y no lo hice.

Unos días más tarde, después de que Jon partiera a España y Angola, me encontré cavilando sobre el porqué había aceptado su consejo con tanta docilidad. De pronto me di cuenta de que parte de la razón radicaba en Mosquitia, en mis recuerdos más claros de aquel viaje bajando por el Patuca. Era la segunda noche en la balsa, quizás serían las tres o cuatro de la mañana, en mi turno de capitán.

Durante dos horas, un solitario murciélago que aleteaba sin parar a pocos centímetros de mi cabeza había sido mi único compañero, mientras que de los negros alrededores provenían el sonido de las aves y el ligero susurro del viento contra los árboles. Era al mismo tiempo atemorizante y emocionante estar en ese río en la oscuridad, y bajé la vista para ver a Jon durmiendo en lo que quedaba de nuestra pequeña choza destrozada por el viento. Sus piernas desnudas estaban estiradas sobre los troncos y bajo la suave luz de la luna vi los rasguños y la sangre seca alrededor de su rodilla derecha.

*¿Qué hubiera hecho sin mí?, pensé. Se moriría aquí sin mí.*

Por primera vez me di cuenta de que mi hermano estaba tan perdido, desamparado y solo como yo en aquel río negro, y que mientras yo estuviera al mando de la embarcación y le permitiera dormir yo era su único protector. Y en un corto tiempo, cuando pensara que mis tres horas de guardia habían terminado (porque, por supuesto, tampoco teníamos reloj) lo despertaría y cambiaríamos de puesto, y sería mi turno de descansar y dormir en esta balsa que se hundía poco a poco en algún lugar de la selva, y sería su turno para pararse por encima de mí y guiarme río abajo.♦